

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 258

Valencia, 17 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

SOBRE EL HIERRO Y EL FUEGO

La República y la Escuela

Para juzgar de la diferencia esencial entre el Régimen de tiranía y el de Libertad, basta comparar la Escuela tradicional con la Escuela (así con mayúscula) inspirada en los Principios democráticos. En aquella se enseñaba a los niños a ser esclavos; en la Democrática se les educa para ser ciudadanos; era la primera una cárcel, cuyo sistema se basaba en la disciplina; en la moderna se utiliza el juego, que para el niño, necesitado de alegría y de estímulos de atención, es el principal medio educativo.

Tiene ya el niño a los siete años memoria, percepción, facultad de diferenciación, juicio y razonamiento; en el juego aprende la regularidad de la sucesión de los fenómenos; se despierta en él la comprensión de las relaciones de causa y de efecto, motivo y consecuencia. (Jaupé).

Y necesita, ante todo, aire libre; siente la necesidad imperiosa de ejercitar sus músculos, de correr y de respirar a pleno pulmón el oxígeno y va pensando, más que en distraerse con juguetes, en jugar consigo mismo y con sus alegres camaradas.

Pero ¿dónde jugar? La mayor parte de las viviendas son angostas y hasta en las familias ricas es el niño un estorbo; en las de las clases medias se teme que destruya los muebles e interrumpa el trabajo del progenitor. Entonces los ricos entregan el niño a una institutriz o a un preceptor, que les infunda las ideas y prejuicios más absurdos, y los profesionales los envían a un colegio de frailes, en donde hay males mucho peores y que no hemos de examinar, remitiendo al lector a la novela de Pérez de Ayala (errado en otras orientaciones), *Ad major Dei Gloriam*, «la educación en los Colegios de Jesuitas». También conviene recordar algo de las primeras páginas de las *Memorias de Rousseau*.

Los pobres para los cuales la vivienda es mezquina y misérrima y carece de aire y de luz, no tienen más remedio que echar al niño a la calle y la calle, desde el punto de vista pedagógico, es para los niños funesta. En *La mala vida en Madrid*, de Bernaldo de Quirós y Llamas Aguilaniedo, inspirada en *La mala vida en París*, se demuestra que la calle es uno de los factores que más influyen en la criminalidad de la infancia, tanto como la herencia fisiológica o las anomalías funcionales u orgánicas. En la calle se halla el niño expuesto a la prematura iniciación sexual, a la ratería, al alcohol, a la vagabundez y a todas las perniciosas influencias observadas por Puffer, Rus y Herz. Y, sin embargo, el niño ama la calle,

porque no encuentra en otra parte libertad, luz, respiración y regocijo.

¿Cómo resolver este grave problema? Con la Escuela, se contestará; pero ¿qué Escuela? Desde luego no puede ser la reaccionaria, como la que se muestra en toda su barbarie y crueldad en *Nuestra Natacha*. La Escuela retrógrada es una abominable prisión. Quien esto escribe recuerda que, a los ocho años, lo enviaron sus padres a la Escuela, a la primitiva de San Luis Gonzaga (de los Luises). No podía soportar las seis o siete horas de inmovilidad en su asiento, so pena de sufrir castigos crueles, el hedor nauseabundo a rebaño, la obligación de repetir de memoria las más absurdas necedades, siempre a media luz, como la inteligencia de aquellos maestros cerriles. A los tres meses, el niño se rebeló y declaró su irrevocable propósito de no volver a Escuela alguna y creo que los grandes psicólogos de la infancia, como Kohler, Preyer, Baldwin, Müller, Kulpe, Buhler, Stein, Spranger y Sully, como los insignes pedagogos Claparede, Decroly y Dewey, no se hubieran escandalizado de la conducta del nuevo Emilio.

Son las Democracias las que han transformado la Escuela. Se procura que en todas haya un jardín o un espacio abierto, en donde los niños puedan jugar, bajo la vigilancia de personas capacitadas, que hagan del juego un medio educativo. Si no se puede tener en una población un *Children Garden*, puede haber siempre espacios luminosos y jocundos. La calle no se ha hecho para jugar, sino para transitar y el niño ha menester del juego y sólo jugando presta atención a lo que se le enseña.

La República española ha tomado a su cargo la regeneración de la Enseñanza y está realizando, en plena guerra, una labor útil sin precedentes. Mientras quienes invaden nuestro territorio cierran en sus Naciones sus escuelas y mueren el número y los haberes de sus maestros, la República está dando un ejemplo que ha de maravillar a los amantes de la cultura.

Porque de la educación de la infancia depende nuestro porvenir. Secundemos todos esa meritoria labor; cuidemos de que nuestros hijos no se hagan en la calle o en las mazmorras que los reaccionarios llamaban escuelas, verdugos genizaros o degenerados delincuentes, sino ciudadanos varoniles y austeros, capaces de velar por su dignidad y por el honor de su Patria.

ANTONIO ZOZAYA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

En dos asambleas científicas internacionales celebradas en París se tributa un homenaje de simpatía a los representantes de España

Se ha celebrado en París el XVII Congreso Internacional de Química Industrial y la reunión internacional de Física, Química y Biología, que con motivo de la inauguración del «Palais de la Découverte» en

la Exposición, había convocado el Gobierno francés.

A ambos Congresos, el Gobierno de la República, ha enviado brillantes representaciones, sin que las hayan tenido los rebeldes, por ca-

recer de intelectuales que en estas ciencias pudieran dignamente representarlos.

Companion nuestra delegación, don Enrique Moles, catedrático de la Facultad de Ciencias de Madrid

y vicerrector de la Universidad Central, don Antonio Medinaveitia, catedrático y decano de la Facultad de Farmacia de Madrid y don Francisco Giral, catedrático de la Facultad de Farmacia de Santiago.

Especialmente la presencia del señor Moles entre los químicos de todo el mundo, fué acogida con grandes muestras de simpatía, pues en todos estaba aún fresco el recuerdo del Congreso Internacional organizado por él en Madrid en 1934 y por el hecho de haber continuado publicando trabajos científicos en plena guerra, en diversas revistas de otros países.

La Delegación para el Congreso del «Palais de la Découverte» la componían los mismos para la sección de Química que para la de Física:

Don Blas Cabrera, catedrático de la Universidad de Madrid, que goza de merecido prestigio en los medios universitarios y franceses, y don Arturo Duperier, catedrático de la Universidad de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Física y Química.

Para la sección de Biología estaba designado el insigne sabio don Ignacio Bolívar, que no pudo asistir por motivos de salud, y don Antonio Zulueta, del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, donde ha continuado y continuará sin interrumpir, trabajando en los estudios científicos bajo la metralla de los cañones y de los aviones extranjeros.

PERO

las señoritas
"bien", las

hijas de los generales rebeldes, se quedarán en sus casas

MUJERES ENVIADAS A LA MUERTE

Ayer salieron de La Línea, en tres camiones y con destino desconocido, las primeras mujeres movilizadas por Franco.

Es indudable que estas desgraciadas mujeres, llevadas a la muerte por la carencia absoluta de sentimientos humanitarios, característica de los verdugos fascistas, son obreras, mujeres salidas de la entraña misma del pueblo. Las señoritas "bien", las hijas de los generales rebeldes, se quedarán en sus casas, entregadas al libertinaje con los invasores.

Es imposible, al hablar de esto, dejar de comparar la diferencia de nuestros métodos.

El Gobierno de la República también se ocupa de la utilización de la mujer y la incorpora a los Institutos, a las Universidades, al trabajo digno, a la cultura y al deporte...

Los salvajes que envían a morir chiquitos de catorce años, lo mismo mandan a las mujeres. Es natural: entre fascistas escasean los hombres. Después de asesinar a los obreros, se envía a sus compañeras y a sus hijas a que mueran "por España y por Dios".

(«Frente Rojo». - Valencia. — 16-X-37.)

CIVILIZACION LATINA

Han sido ejecutados 5.000 abisinios

Londres, 11 octubre.—El «News Chronicle» de esta mañana dice que las fuerzas italianas han procedido en Abisinia a la ejecución de 5.000 indígenas, autores de graves desórdenes en diversas ciudades de la provincia.

El Mariscal Graziani, Virrey de Abisinia, había ordenado a sus tropas que no tuvieran compasión en sus represalias.

Según un telegrama de la «British United Press», de Roma, procedente de fuente bien informada, los abisinios mataron a 33 oficiales, 5 comisarios de distrito, 40 «camisas negras» y 240 indígenas alistados en el ejército italiano. Las represalias fueron tomadas con ayuda de aviones de bombardeo. Varios pueblos quedaron destruidos. (Fournier).

(«L'Oeuvre». — 12-X-37.)

La inauguración del Congreso del «Palais de la Découverte», que tuvo lugar en el anfiteatro de la Sorbona, bajo la presidencia del Jefe del Estado y en presencia del ministro de Instrucción pública y de numerosos sabios de todo el mundo, entre ellos más de diez premios «Nobel», fué muy halagüeña para la Delegación española. En ella tomaron parte más de cuarenta delegados de distintos países en nombre de sus Gobiernos, de sus Universidades, de sus academias y de sus instituciones científicas.

Al anunciar el presidente del Congreso, el ilustre físico francés Jean Perrin, que iba a hablar Duperier, como jefe de la Delegación española, y especialmente al subrayar que era catedrático de la Universidad de Madrid, la ovación que estalló fué tan impresionante y tan acogedora que produjo verdadera emoción.

En general, la acogida de los científicos de todo el mundo, incluso de muchos de aquellos que pertenecen a países de régimen totalitario, ha sido sumamente cordial, especialmente por parte de los sabios franceses, entre ellos muchos de universal renombre que están entusiastamente a nuestro lado.

Pero la nota más destacable para nuestra Delegación ha sido la ausencia absoluta de delegados de los militares sublevados, con lo que se demuestra, una vez más, que la Cultura no tiene nada que hacer en el territorio que pisan los generales traidores.

EL "NO" DE ITALIA

La respuesta de Italia a la proposición anglo-francesa de celebrar una conferencia las tres potencias para discutir acerca de la retirada de tropas extranjeras de España, puede condensarse en el monosílabo «no».

La respuesta, estudiadamente cortés, hace varias sugerencias. Pero en el fondo es un no contundente.

Lo que propone no puede conducir a ningún resultado práctico. Italia quiere que Alemania tome parte con ella en todas las conversaciones. Pero esto implica invitar a Rusia, e Italia no se sentará a la misma mesa que la U. R. S. S.

Italia, sin embargo, está dispuesta a discutir la cuestión en el Comité de No Intervención. Esto es lo más gracioso de la respuesta, y hay que reconocer el humorismo del señor Mussolini. Encomendar una cuestión al Comité de No Intervención equivale a estar seguro de que habrá mucha palabrería y ninguna acción y el señor Mussolini se da cuenta de esto.

La respuesta es, por lo tanto, "no". ¿Qué harán en estas circunstancias la Gran Bretaña y Francia? Deberían enviar al Duce una respuesta igualmente cortés, hasta el punto de aceptar sus sugerencias, pero acompañándola

de una acción no menos contundente que la negativa de aquél.

Esta acción debería consistir en la apertura de la frontera pirenaica para que le llegaran armas al Gobierno legítimo de España. Esto interesa principalmente a Francia, y el señor Delbos ha llegado ya a la conclusión de que su país tiene que actuar. Pero la Gran Bretaña ha de asegurar a Francia que, en el caso de que abra la frontera, tendrá la aprobación plena de Inglaterra y contará con su ayuda diplomática y de cualquier otra índole. Esto es lo menos que debe hacer la Gran Bretaña.

Si se da este paso, el señor Mussolini empezará a hablar en serio, tanto si la conferencia es de tres potencias como de cincuenta y tres. Al presente, no tiene la menor intención de retirar sus tropas porque no cree que la Gran Bretaña y Francia se pongan jamás frente a él.

Hay que disuadirle de esa idea. Quizás la amenaza a las islas Baleares y, en consecuencia, a las líneas marítimas de Francia e Inglaterra, convencerá hasta a aquellos a quienes no han conseguido mover consideraciones más elevadas.

(«News Chronicle». — 11-X-37.)

Pacifismo y rearme

Estamos conformes con Chamberlain

Continúan los discursos internacionales; y no sabemos a punto fijo qué será mejor: que sigan o que cesen. El día que no los haya, acaso hablen los pueblos por bocas de cañones; y tendríamos que saber para dónde iban a apuntar antes de decidir si lo preferíamos a la oratoria. Los gobernantes pacifistas preferirán seguir hablando mientras los cañones no apunten hacia ellos. El discurso de ayer fue pronunciado por mister Chamberlain. En Manchester, ante la Asociación de Cámaras de Comercio Británicas. Estaba allí en su elemento, porque él, como su ilustre padre, fue hombre de negocios antes de dedicarse a la política. Mas no habló como lo que fue, sino como lo que es actualmente: como hombre público, lo cual, entre los anglosajones, supone atención para los negocios y para los ideales. Es bien sabido que el estadista británico suele rendir culto al idealismo cuanto convenga para atraerse a las masas dirigidas; pero sin descuidar los intereses materiales para no inspirar desconfianza a la minoría directora. Para cumplir la primera obligación, mister Chamberlain dijo, entre otras cosas, que su mayor deseo consiste en ver terminados esos conflictos de España y de Extremo Oriente, que tantos sufrimientos y miserias ocasiona. Para cumplir con la segunda, habló del rearme de Inglaterra, que no va enderezado contra nadie, sino que persigue el explicable objeto de colocar a los ingleses en condiciones de defenderse, como lo han hecho siempre, en el caso de que sean atacados.

Creemos en la sinceridad de mister Chamberlain y nos parece probable que sea eficaz cuanto Inglaterra hace para realizar sus propósitos pacifistas. Es más: hasta nos hacemos la ilusión —ya lo hemos dicho muchas veces— de que cuanto hace por rodearse de garantías puede beneficiarnos a nosotros indirectamente, pues no hay que olvidar que los países que a ella le preocupan son los mismos que a nosotros nos quitan el sueño con algo más ruidoso y mortífero que los designios que amenazan los intereses británicos. Y contribuye a reforzar aquella esperanza el descontento que manifiestan los alemanes «por la tendencia que se advierte en Londres en la cuestión de España». Protestan los nazis como

cuando se les habla de abrir la frontera francoespañola. Algo verán en todo ello que nos convenga más a nosotros que a los fascistas, aunque haya por acá quien no crea en tales vientos propicios. Pero, a decir verdad, todavía nuestro relativo optimismo recibe más fuerza de nuestro propio campo que del extranjero. Al mismo tiempo que nos llegan las noticias citadas de Manchester, de Berlín y de otros puntos del exterior, el Ministerio de Defensa Nacional comunica una noticia que redobla nuestra confianza en el porvenir de nuestra causa. Medio centenar de aviones republicanos bombardeó el aeródromo de Garrapinillos y destruyó más de treinta aeroplanos enemigos, y esto nos induce a pensar que, entre lo que se haga en Londres pacíficamente, con el objeto de pararle los pies a las potencias belicosas, y lo que, con el mismo fin, hagamos aquí mediante explosivos, ha de ser muy difícil que no obtenamos resultados favorables.

No sólo creemos en la sinceridad de mister Chamberlain y en la posible eficacia de cuanto hace en favor de la paz. También estamos conformes con las declaraciones que más arriba extractamos de su discurso. Conviene armarse para la defensa. Hay que acabar con este conflicto que tantos sufrimientos y miserias ocasiona. La hazaña de Garrapinillos demuestra que la España republicana está perfectamente de acuerdo con el primer ministro inglés, lo mismo en un extremo que en el otro. Si no hubiésemos adelantado considerablemente nuestro rearme, no habríamos podido llevar a cabo tan fructífero ataque ni estaríamos donde estamos. Y mal podríamos contribuir a acabar con el conflicto si no hubiésemos comenzado por rearmarnos. Las dos ideas que arrancamos del discurso pronunciado por mister Chamberlain en Manchester son, en realidad, la esencia del guión que empleamos hasta ahora y que seguiremos empleando en lo sucesivo en nuestro principal debate con el mundo. Los discursos, las notas, las denuncias, o los Libros Blancos, bien están cada uno en su lugar. Pero ¿dónde estaríamos nosotros si no hubiésemos atendido tan sólo a esos recursos de la dialéctica y de la diplomacia?

Tiene muchísima razón mister Chamberlain. Rearme para la de-

fensa. Acabar con el conflicto; es decir, emplear certeramente las armas. En pocas palabras, el jefe del partido conservador de la Gran Bretaña ha puesto el vistobuena («k. o.»), según el neologismo de origen yanqui a la enorme labor llevada a cabo por nuestro Ministerio de Defensa Nacional. Mientras otros atendían a las obligaciones diplomáticas en que nuestros enemigos han tenido atareadas a las potencias pacifistas para mejor llevar a cabo la invasión de nuestra patria, el ministro de Defensa Nacional ha estado arguyendo con los férreos argumentos que más han de convencer al mundo del enorme caudal de razón con que contamos. A cada conferencia, a cada desembarque de tropas extranjeras, a cada plaza tomada traicionablemente, a cada promesa de hacernos justicia, a cada anuncio de que se retirarían los «voluntarios» o se abriría la frontera francoespañola, el Ministerio de Defensa Nacional ha respondido mejorando la organización de las fuerzas armadas, llamando nuevos reemplazos, aumentando las industrias de guerra, intensificando la labor de capacitación; en suma: poniendo a la República en condiciones que le permitan arrojar toneladas de silogismos dondequiera que sea menester. He ahí la base principal de nuestra fe en nosotros mismos y en las gestiones pacifistas. («El Socialista», Madrid. 16-X-37.)

Franco ha prometido a los moros la autonomía del Rif

CASABLANCA, 12 (9 m.). — Según el corresponsal del periódico «Orient Arabe», en esta capital un agente de Franco realiza un viaje de propaganda fascista por los territorios de África del Norte.

Su misión es crear un movimiento de simpatía de las masas árabes hacia Franco, para lo cual afirma que éste tiene el propósito de conceder la autonomía del Rif.

Este agente dispone, al parecer, de grandes sumas de dinero para la propaganda. Es un musulmán de Siria y recorre libremente el territorio africano utilizando un pasaporte italiano.—Argos.

Una biografía en tres capítulos

Doña María

... aprendió los secretos del "yo" y del "usted"

Doña María lee; doña María escucha; doña María habla. Habla y repite. Es el eco. Tiene una gran cabeza, una frente descomunal, unos ojos de ratón listo. Ratón de bibliotecas que fue a encaramar hasta la melena del león español —entonces gato y dormido— para prenderle el cascabel de su vanidad. Doña María es vanidosa. Doña María es pedante. Pero además doña María, inasequible por naturaleza —o contra natura— a las gracias de Eros, se ve arrastrada y estremecida por la vara pluma o lanza de Minerva. No resiste las mágicas cosquillas y se apresta a gozar el éxtasis de la cultura, el único que se la alcanza.

Doña María cae, o se imagina caer, en la síma filosófica. Doña María conoce al filósofo que va por el fondo del valle. El filósofo a la orilla del río —pescador con caña— es don José Ortega y Gasset. A las conferencias pausadas del maestro asiste la maestra; en arrobo místico y refitolero. El es el autor, ella la actriz; actriz de carácter, de mal carácter. Envuelta en el torbellino de la palabra engañadora, doña María —Ulises imprudente— va y vuelve del mundo de lo inefable al mundo de lo que no pudo gozar jamás. Todo sin descomponerse, sin perder su actitud de suficiencia. Guiñando los ojos con gesto displicente se aplica al estudio del artificio filosófico y aprende de su maestro los secretos del «yo» y del «usted».

Doña María es completamente «usted»; pura superficie. Lo de menos para ella es el Universo viviente o agonizante. Lo de más hacer creer que dentro de su cabeza caben con holgura las dimensiones universales. Lo de menos es aquella frente demasiado grande para ser verdadera. Lo de más el disimulo con que deja caer sobre la frente una onda —coquetería metafísica?— de su pelo sin caricias. Lo de menos son sus ojos. Lo de más su mirar. Doña María, encerrada en el capullo de una hueca doctrina, escapó una mañana convertida en mariposa. Doña María, aligera y redicha, acepta un puesto entre los asambleístas elegidos por el Dictador Primo de Rivera para simular la existencia de un Parlamento. Doña María funda en Madrid un Club de señoras. No se la confunda. Doña María le prende a su boina una pluma, al cuello de su traje negro una gollita blanca, a sus zapatos unas hebillas de plata y aparece ante su auditorio en contrafigura de cualquiera de los sindicatos que pintó Rembrandt.

«Y yo me pregunto...» —son sus palabras preferidas. Al decir las se lleva una mano a la barbilla y pasea dando muestras de agitación. Medita. Calcula el tiempo que debe durar su silencio errabundo para ser un silencio inteligente. Luego prosigue. Si no habla como don José, por lo menos calla del mismo modo. Los puntos culminantes de su disertación, de su filosofía, son los grandes silencios. En estos obligados «calderones» doña María recorre, in mente, los espacios siderales. Vuela, se aflige, elige... Desde las nubes ha descubierto a un hombre —¿hombre ya o ángel todavía?— que le brinda su mano. Doña María, guiada por él, sube al automóvil de que es propietaria. Sonríe al galán. El galán, rubio y esbelto —serafín o satanás— es su «chófer».

Doña María ha huido de España; ha hecho su aparición en el mundo del más allá —«plus ultra»—; en América. Sigue a pies juntos la huella equivocada de otro hombre —¿hombre o diablo; generalísimo o chófer?— del «caudillo».

«Y yo me pregunto...»

La desmoralización en la zona facciosa

Los donativos para alimentar a los niños sirven para que mueran los falangistas emboscados

GIBRALTAR.—Se conocen detalles de un verdadero escándalo administrativo que se ha descubierto en la Línea de la Concepción, y que pone de manifiesto la inmoralidad que reina en la zona facciosa.

Apenas iniciada la sublevación de los generales rebeldes, comenzó a funcionar en dicha ciudad al «Auxilio Social», entidad que había de encargarse de las cantinas escolares, donde años atrás y regidas por elementos de izquierda, proporcionaban alimento diario a 200 niños necesitados de La Línea.

Merced a las presiones de los falangistas, todo el vecindario de la ciudad andaluza se vio obligado a contribuir con grandes cantidades de dinero, que ascendieron a muchos miles de pesetas, y ahora se ha descubierto que el «Auxilio Social» no proporciona más que muy mediana comida a 90 niños, sin que los repartos de ropa se hayan visto por lugar alguno.

En cambio, se ha comprobado que, enrolados en dicha institución, hay más de 50 falangistas, que son los que han consumido el importe de las suscripciones hechas por el vecindario de La Línea.

También se conocen detalles de los bandos de la Intervención de fondos municipales advirtiendo al vecindario que, de no pagar las contribuciones del primer trimestre del año en curso, se procederá a imponer sanciones de carácter grave.

Esto obedece al agobio económico en que se encuentra la Alcaldía de La Línea, porque el vecindario opone toda clase de obstáculos para contribuir a las cargas del Ayuntamiento.

Hitler pide colonias

Por qué en el Reich comienzan a escasear los artículos de primera necesidad

"Panem et Circenses... Estas eran, según Juvenal, las únicas ambiciones de los romanos en la época imperial. Hoy, parece que las ambiciones de los alemanes tienen que reducirse a los espectáculos de circo. Hitler no les regatea los desfiles; pero no puede asegurarse el pan. Después de las grandiosas manifestaciones del Congreso nacionalsocialista de Nuremberg, después de las reuniones fastuosas del Duce y el Führer, en Munich y en Berlín, se celebró ayer la fiesta de la cosecha, en la colina de Buckeberg, que domina el Weser. Total: un millón doscientos mil campesinos, veinte mil cantores y veinte mil soldados; no hace falta menos al otro lado del Rin, para conservar la fe de las masas.

Desgraciadamente, los discursos pronunciados no son de tal naturaleza que abran a la esperanza el corazón de los que reflexionan. Habló en primer lugar el señor Darré, ministro de Agricultura, el cual dijo que la cosecha no había sido buena y que los agricultores y consumidores habían de hacer toda suerte de esfuerzos para vencer las dificultades del abastecimiento de artículos de primera necesidad.

Luego habló Hitler para proclamar que la única libertad del individuo era la de sacrificarse. Insistió en la necesidad de la organización total de la producción y del consumo, y si no anunció claramente la reglamentación de la venta del pan, dejó entrever la probabilidad de que se tome esa medida.

El Reichführer no ve más que un medio para que Alemania pueda cubrir sus necesidades alimenticias; recuperar las colonias que perdió. No es la primera vez que expone este punto de vista. Desde hace un año no pierde

ocasión de declarar que el Reich necesita colonias para procurarse las materias primas que le faltan y para dar salida al exceso de población. Este fué el *Leit motiv* del discurso que pronunció, el mes pasado, en Nuremberg.

La cuestión colonial figura en la primera línea de las reivindicaciones alemanas. El Reich, que rompió las cláusulas financieras y militares del Tratado de Versalles, quiere hoy destruir las territoriales con la misma facilidad que aquéllas. Pero ningún Estado va a declararse voluntariamente de una parte de los territorios que posea, y, comprendiéndolo así, Hitler al recibir a la Prensa en Nuremberg, dió a entender que no vacilaría, si fuese necesario, en emplear la fuerza para devolver a su país las colonias perdidas.

Sería muy fácil demostrar que las antiguas posesiones alemanas no absorbían antes de la guerra, más que una pequeña proporción de emigrantes de la metrópoli, y que no suministraban a ésta sino una fracción ínfima de las materias primas que tenía que importar. Las estadísticas lo confirman. Pero para Alemania se trata de una cuestión de honor; como todos los dictadores, Hitler tiene que hacer ver a su pueblo que hay grandes cosas que realizar; sobre todo cuando los víveres comienzan a faltar.

Se comprende que el Reichführer haya terminado su discurso exaltando al ejército alemán. Pero queremos creer que algunos de los que le escuchaban habrán comprobado que el hecho de haber creado ese ejército es lo que impide a Alemania tener el pan necesario. Es probable que las masas prefieran tener menos cañones y un poco más de manteca.

Gracias y desgracias del Dr. Schacht

En el Congreso de Nuremberg ha quedado un sitio vacío: el del doctor Schacht, que ha salido para Génova en viaje particular, luego que la Prensa hizo presentir su próxima dimisión. Merece reflexión el suceso. ¿Qué significa la marcha del mentor ortodoxo cuyos consejos y habilidad técnica han ayudado poderosamente al III Reich? ¿Estamos ante un cambio de la política hitleriana, o simplemente, las astucias financieras son impotentes a proveer a Alemania de las divisas que necesita, para sus compras en el extranjero de materias primas y productos alimenticios?

El secreto del financiero teórico

Seguramente no hay personalidad de la cual se haya propagado una imagen tan falsa como la del doctor Schacht. Se conoce su fisonomía: esa cabeza de pollo, con la mirada vica, articulada a un cuello largo que domina un esqueleto estrecho y un vientre gordiflón. Se conocen menos sus ideas, aunque las haya expuesto en libros, discursos y declaraciones con una prodigalidad que, más de una vez, ha

exacerbado a los dirigentes del III Reich. Se conocen mal los lazos que le unen al nacionalsocialismo, cuyo programa económico y financiero no ha recibido nunca su aprobación. Se ignoran las razones que le han impulsado a colaborar con los vencedores políticos de 1933. Hay un secreto en el doctor Schacht que los observadores de la política germana no han descubierto hasta ahora y sobre el cual, gracias a su retirada, se podrá vislumbrar algo.

Ciertamente, en ausencia de una doctrina idéntica, había entre el gobernador de la Reichsbank y los dirigentes nacionalsocialistas sentimientos comunes. La anulación de las reparaciones, la abolición del Tratado de Versalles, la reivindicación de los territorios coloniales, la inquietud del prestigio y del honor nacional, y el horror al marxismo, eran tan vivos en el economista teórico como en los fanáticos políticos.

Pero ninguno de los artículos del programa económico redactados en 1920 por Gottfried Feder e insertados en el manifiesto del nacionalsocialismo podían ser admitidos

(Continúa en la página siguiente.)

Por lo que a nosotros se refiere, no creemos que el ejército alemán haya sido creado por Hitler sólo para darse el gusto de verlo desfilar, sino para servirse de él cuando las dificultades interiores salgan a la luz. La situación de hoy recuerda a la de 1914, en que Alemania pretendía estar falta de espacio y se sentía cercada.

JAMES DONNADIEU

(L'Epoque). — 4-X-37.)

Mañana:

La inútil huída

El conflicto español

Sus repercusiones internacionales

(Texto de la conferencia pronunciada en Ginebra el 16 de Agosto de este año, por Edgar Ansel Mowrer, corresponsal del "Chicago Daily News".)

II

Un Gobierno de clase media, en el que no había ni un solo socialista, se encontró ante el dilema: O armar a los obreros, con el riesgo de que se produjeran desórdenes sociales, o sucumbir ante sus enemigos seculares. El Gobierno se decidió por el primer riesgo, y salvó a la República, con su Constitución liberal y democrática, y a las libertades humanas. Los ricos del mundo protestaron contra esto, pues estaban dispuestos a poner los derechos de propiedad por encima de los derechos del hombre. El Presidente Azaña, y sus amigos, pensaron de distinto modo y contaron con el individualismo testarudo del español para impedir el dominio permanente de las ideas colectivizadoras. A lo sumo esperaban un mes o dos de desorden, y luego, una vez sofocada la rebelión, podrían restablecer gradualmente el reino de la Ley. Les faltó prever la intervención fascista internacional en tan gran escala. Sin esta intervención, la revuelta hubiera fracasado en pocas semanas, pues, hay que decirlo y repetirlo, la mayoría de los españoles, la gran mayoría, era contraria al restablecimiento de la política de sus antiguos «señores»; el Ejército, la Iglesia y los grandes hacendados.

La intervención extranjera

Los Gobiernos alemán, italiano y portugués, estaban decididos a que los rebeldes derribaran al Gobierno de Frente Popular de Madrid. No se conocen los hechos en toda su integridad, pero se sabe lo bastante para que la situación no deje lugar a dudas.

Los imperialistas alemanes (particularmente los llamados de la «escuela naval», a la que parece se convierte Hitler), han visto siempre en España, el medio para cortar las comunicaciones francesas con el África del Norte. Durante la Gran Guerra, Alemania ofreció, por dos veces, Gibraltar y Portugal, al Gobierno germanófilo español si entraba en la

guerra junto a los Imperios centrales. Los nazis no han hecho sino resucitar esta vieja política. Durante la fase conservadora de la República española, entre las elecciones de 1933 y 1936, invadieron España con sus organizaciones y agentes —cientos y cientos de ellos, desde la *Hafendienst*, de espionaje y secuestro, arma oculta de la *Gestapo* nacional, y la *Fichte-Brund*, a los diplomáticos, quienes abusaron de su inmunidad para distribuir material de propaganda contra la democracia española. Toneladas de este material fueron cogidos por el Gobierno español después de estallar la guerra civil, y no hay duda alguna sobre estos hechos.

Después de ocupar el Poder el Frente Popular, en febrero de 1936, los alemanes organizaron el *complot* con el desterrado general Sanjurjo, durante su estancia en Alemania, en la primavera, y, sin duda alguna, determinaron la cooperación y ayuda para la rebelión. Inmediatamente después de producirse ésta, los buques de guerra alemanes impidieron que los navíos gubernamentales bombardeasen Ceuta, para obstaculizar el transporte de hombres y material para el ejército de Franco. Y pronto llegaron a tierra española aviones, pilotos y mecánicos alemanes, tanques y sus servidores alemanes, artillería y artilleros alemanes, y toda clase de material de guerra procedente de Alemania. En total, unos 15.000 especialistas germanos, entre los que figuraban oficiales de la Reichswehr. Los españoles les llamaban los *moros rubios*. Por lo demás, Alemania cooperó en todo con Italia.

La intervención italiana fué aún mayor, pero quizá menos eficaz. Al servicio de Franco fueron destinados aviadores italianos dos días antes de estallar la sublevación. En aviones italianos fueron transportados, desde Marruecos, los primeros 4.000 moros veteranos que permitieron a Franco emprender la ofensiva que le llevó a las puertas de Madrid. Las tropas italianas, que lograron la toma de Málaga, fueron derrotadas en Guadalajara. Estas, con los moros, alemanes y algunos españoles, forman lo que paradójicamente se conoce con el nombre de «ejército nacionalista».

Los barcos de guerra italianos prestaron servicio de vigilancia y llegaron hasta a torpedear buques gubernamentales.

Créese que la ayuda militar a España ha costado 250 millones de dólares a Alemania, y unos 150 millones a Italia.

Pero, si su ayuda militar fué vital, su ayuda diplomática no lo fué menos. En estrecha colaboración con el dictador portugués, Salazar, esos países reconocieron a los insurrectos como Gobierno legí-

timo de España, y con francas amenazas de guerra, intimidaron a los Gobiernos francés e inglés a cambiar la corriente práctica internacional contra el gobierno legal, en favor de su protegido. Con jactancia proclamaron que «nunca permitirían» una victoria «bolchevique» —refiriéndose a la República— en la guerra civil. Temporalmente, al menos, crearon en el Mediterráneo una situación extremadamente peligrosa para la Gran Bretaña y Francia y pudieron hacerlo por el artificio de la no intervención, uno de los más asombrosos engaños que se han ideado jamás.

Normalmente, el Gobierno español tenía derecho a comprar material de guerra en cualquier lugar del mundo. Reconociendo este derecho, Francia autorizó inmediatamente una compra de aviones de guerra, que llegaron a España a primeros de agosto y fueron inutilizados al poco tiempo por aviadores incompetentes. Pero, entretanto, ocurrió lo increíble. El Gobierno del Frente Popular francés propuso el 2 de agosto que todos los países se adhieran al acuerdo de no intervención en la guerra civil española. Esta política fué aceptada con inmenso alivio por la Gran Bretaña y con alaridos de alegría por las dictaduras fascistas. En el transcurso del tiempo, el llamado Comité de No Intervención llegó a contar con representantes de 26 países. Se reunía regularmente en Londres y estuvo siempre dominado por los ingleses.

La política británica fué, como de costumbre, sencilla y tortuosa. Los conservadores británicos se aterraron ante las actividades revolucionarias del campo gubernamental. Los intereses comerciales británicos en España eran grandes y los comerciantes ingleses se asustaron ante el cuadro enormemente exagerado de una «España anárquica», diestramente propagado por los fascistas. Así lo reconoció el «Times» de Londres, partidario de Franco, en un resumen de la situación española, que publicó un año después de la ruptura de las hostilidades.

«La considerable suma de inversiones extranjeras en España, calculada en cuatrocientos millones de libras, es un factor que influye en favor de los nacionalistas. Las «reformas» nacionalistas son menos temidas que la colectivización proyectada y, hasta cierto punto, existente en el territorio del Gobierno. Esta buena fe extranjera compensa en cierto modo a la falta de oro. Según informaba acertadamente el periodista en el territorio de Franco «el capital y el trabajo no se pelean; las huelgas están prohibidas».

Pero la simpatía por Franco no era la única razón inglesa para acoger favorablemente la no inter-

(Continúa en la página siguiente)

por el consejero de la Dresdner Bank. El anticapitalismo de pacotilla, del cual se nutrían las masas hitlerianas, no tenía para él ninguna significación. ¿Cómo hubiera él podido soñar en la supresión del interés cuando siempre había visto en la variación de las tasas del dinero el barómetro del crédito, de esta potencia milagrosa que había edificado las sociedades modernas? ¿Cómo hubiera admitido la desaparición de las sociedades por acciones cuando había trabajado sin cesar en la concentración industrial? ¿Cómo hubiera podido encontrar en la ejecución de los grandes trabajos públicos un medio de resolver una crisis cuando había considerado siempre la iniciativa privada como el único motor de la economía?

Y, sin embargo, al fiel servidor del capital, al economista de estricta obediencia liberal, es a quien el nacionalsocialismo triunfante pidió, desde su advenimiento al Poder, que tomase la dirección de la Reichsbank.

A Gottfried Feder se le abandonaba a sus estudios, mientras que Schacht, cuya sola actividad política era una ruidosa adhesión al partido democrático, era llamado a uno de los puestos reguladores de la vida económica.

Schacht y el III Reich

No basta para explicar esta elección, recordar que Schacht había sido, en 1923, el creador del «rentenmark», el restaurador de una moneda alemana. Por esto había adquirido, sin duda, entre la clase media, un prestigio considerable que supo guardar renunciando a su cargo en 1929, en vísperas de crisis. Pero el deseo de cubrirse de un renombre no explica completamente el cambio en su favor de los dirigentes del III Reich. En el plan sentimental, la propaganda hitleriana no temía ninguna concurren-

cia. Realidades más duras podían solamente ser tomadas en consideración.

Para comprender la situación, es preciso recordar el papel desempeñado en Alemania hasta estos últimos años por las organizaciones industriales, la potencia enorme que representaban fuera de la soberanía política. Existía un verdadero poder económico del que disponían industriales, banqueros y grupos de oposición que reducían a la impotencia las tentativas del Gobierno y del Reichstag.

El nacionalsocialismo, al triunfar, tuvo que transigir con este poder y no lo hizo, porque fuese creación suya, ya que se había desarrollado independientemente de él, sino porque, a pesar de todos los planes concebidos en abstracto, era impotente para sustituirlo. Llegados al Poder en un mundo que ignoraban, los jefes del nacionalsocialismo retrocedieron ante las responsabilidades económicas y no se atrevieron a hacer tabla rasa del pasado.

Desde entonces, fué preciso un intermediario entre el poder económico y ellos. Este papel nadie podía desempeñarlo mejor que el doctor Schacht, el cual era demasiado ambicioso para rehusar una especie de dictadura económica, sueño de todos los teóricos, merced a la cual podía continuar su obra de renacimiento financiero.

En efecto, durante cuatro años, ha logrado mantener su autoridad intacta y gozar de una completa libertad de palabra, si no de movimiento. Sus consejos eran estimados. Sin ser un mago de la Economía, hay que reconocer que sus maniobras fueron impecables.

Fué para él un juego utilizar los créditos extranjeros bloqueados en Alemania para favorecer la exportación. Los dirigentes hitlerianos no podían sino estarle reconocidos por sus servicios, que les permitían

mantener en actividad las industrias de exportación y reunir las divisas necesarias para las compras de las materias primas indispensables al rearme.

Un liberal impenitente

Pero a medida que el Gobierno nacionalsocialista afirmaba su autoridad, su actitud con respecto a las organizaciones industriales y financieras se modificaba. El ejercicio del Poder le permitía ya dirigir los engranajes de la máquina económica, y vigilar estrechamente el interior. Los trusts perdían poco a poco su independencia, y el papel de intermediario entre el poder público y las fuerzas económicas era cada vez menos indispensable.

Ahora bien; al mismo tiempo, se advertían desavenencias entre los dirigentes del III Reich y el que ellos habían convertido en dictador.

Para los primeros, los expedientes financieros no eran sólo un medio de paliar las dificultades momentáneas; era, realmente, un fin.

Para el segundo, por el contrario, se trataba únicamente de atravesar un período de crisis, de proveer a la economía alemana de los medios necesarios para subsistir y conservar un lugar en los mercados internacionales, y al mismo tiempo, capacitar a la nación para reconstituir su ejército y sus armamentos. El repliegue del Reich sobre sí mismo no podía ser, a sus ojos, más que temporal. Educado en las doctrinas del siglo XIX, Schacht seguía siendo liberal, y no dejaba, en ninguna ocasión, de proclamar su deseo de ver restaurada una economía internacional, en la cual las naciones se someterían a las reglas de la libre concurrencia y de la división del trabajo. Lejos de querer hacer del Reich un bloque económico homogéneo, independiente de todas las otras naciones, aspiraba a volver al intercambio.

En tanto que, a causa de los obstáculos hallados en el comercio internacional, la oposición entre los puntos de vista del dictador político y del dictador económico pudo mantenerse en un aspecto doctrinal, era posible la colaboración entre ellos. Pero la imposibilidad práctica de emprender una política cambiaria condenaba al Dr. Schacht a seguir los designios del nacionalsocialismo. Los dirigentes del Reich, por parte, no tenían nada que temer de las declaraciones liberales; puede ser que se alegraran de dar así al extranjero una impresión contraria a sus verdaderas impresiones. Pero en cuanto el mundo parecía que iba a salir de la crisis, en cuanto la aurora del renacimiento económico esclareció el horizonte, se produjo la discusión.

El Dr. Schacht, que veía cómo se reanudaba el intercambio entre las naciones, había querido entablar negociaciones lo más rápidamente posible para ver en que forma podría la economía alemana reintegrarse al concierto internacional. Para el estado mayor hitleriano, por el contrario, la cuestión era dar mayor solidez a la potencia militar y a la independencia económica del Reich sin inquietarse de lo que pasaba en el extranjero. En esto consistió la gran lucha respecto al segundo plan de cuatro años. Schacht se oponía. Lo consideraba como inútil y peligroso. Pero su oposición no hizo más que comprometer su situación. Goering fué encargado en Octubre de 1936 de dirigir la aplicación del plan y se convirtió, en efecto, en el verdadero dictador económico de Alemania.

¿Por qué entonces Schacht no ha dimitado todos sus cargos oficiales? Demasiado prudente para tomar una decisión rápida, esperaba que los sucesos vendrían a darle la razón. El segundo plan de cuatro años iba a imponer a la nación sacrifici-

cios que acabarían por agotarla. El espectáculo de un mundo que encontraba al fin la prosperidad, que sus adversarios creían perdida para siempre, tal vez les iluminara. Seguramente de su doctrina y de su técnica, esperaba aún.

Los amigos que tiene en las finanzas internacionales, especialmente en los Estados Unidos, han sido testigos de sus luchas. Saben que ha aconsejado varias veces, desde hace un año, contener, o al menos limitar, el rearme con el fin de que las empresas trabajasen de nuevo para las necesidades civiles. No ignoran tampoco que hubiera querido entablar negociaciones para que fueran abiertos a la exportación alemana los mercados de los Dominios y colonias británicas.

Pero todos sus consejos han sido inútiles. La aplicación del segundo plan cuatrienal fué continuado sin a riesgo de aplastar la economía bajo un peso cada vez mayor. El comercio exterior se orientó hacia el Extremo Oriente al mismo tiempo que el Japón se lanzaba peligrosamente a empresas militares, de tal suerte que hoy la guerra chino-japonesa casi priva a las industrias alemanas de sus más importantes mercados exteriores.

El Dr. Schacht no quiere continuar cubriendo con su autoridad los errores de una política económica que desaprueba. Sus palabras ya no son escuchadas. La única advertencia que aún puede hacer es presentar la dimisión, la cual, para todos los que quieren comprender tendrán un sentido claro. Alemania guarda su voluntad de potencia pero la ejerce en una dirección completamente diferente a la del siglo pasado. Rechaza las esperanzas de conquistas industriales y pacíficas para forjar el instrumento de un destino nuevo.

JEAN DESBOIS
(«La Tribune des Nations», 7-X-1937.)

vención. El motivo principal era el deseo sincero de evitar que el conflicto se extendiese. Lo que los ingleses temen no es la intervención extranjera sino que otros gobiernos choquen y tengan que recurrir a las armas. Dado que Hitler, Mussolini y Salazar están entregados a Franco, que Francia favorece a Valencia y que Inglaterra sólo se atreve a no permitir una combinación italoalemana para derrotar a Francia, el Gabinete británico está decidido a impedir a toda costa que estalle el conflicto. Pero mientras tanto, Inglaterra se arma; se hace más fuerte. Por lo tanto, la Gran Bretaña pide «más tiempo», pues como dijo Eden en la Cámara de los Comunes en julio último: «guerra aplazada puede ser guerra impedida». Que este aplazamiento traiga seguramente consigo el sacrificio a sangre fría, de la democracia española, no preocupa más a los conservadores ingleses que el recuerdo de su traición de hace un año a Haile Salassié.

El caso de Francia es distinto. Leon Blum simpatiza con el Gobierno español. Aunque los conservadores ingleses temen cualquier clase de «Frente Popular», a los franceses claramente les agrada. Pero Francia, en 1936, se hallaba en plena crisis financiera. Los conservadores franceses eran partidarios de Franco. Blum es pacifista por conciencia y por tradición. ¿Qué ocurriría si la ayuda francesa a Valencia produjera la guerra? ¿Qué con la ayuda inglesa y las garantías de Locarno? El almirantazgo y el embajador británicos no pudieron prometer a Francia la ayuda incondicional en caso de que el apoyo a los leales españoles condujera a la guerra. El Gobierno español necesitaba no sólo material de guerra, sino técnicos, que los franceses ni querían, ni podían suministrar. El partido radical francés estaba, como siempre dividido y vacilante. Y si la no intervención se observaba por todos, podía favorecer al Gobierno español. Por tanto, así como el Gobierno británico escogió a cualquier precio la neutralidad, el francés se decidió por la solidaridad con la Gran Bretaña incluso al precio de importantes intereses franceses imperiales y estratégicos. Así, se entregaron a una política que favorecía la victoria de las potencias fascistas, y por ende la de los facciosos españoles aferrados a esta política, sólo la abandonaron un momento en enero, cuando un aviso severo de París impidió a Berlín desembarcar tropas en el Marruecos español.

Como los dictadores fascistas consideran las promesas de la misma manera que Niccolò Machiavelli, intervinieron todo lo posible en España, en detrimento de la República. Después de todo, nada les había sucedido ni con la remilitarización de la cuenca del Rhin ni con el robo de Abisinia: ¿Por que

habrían de detenerse? Durante el mes de agosto, en tanto que Inglaterra y Francia mantenían el embargo, Italia y Alemania enviaron material de guerra suficiente, a través de Portugal, para asegurar, según pensaron, la victoria de Franco; y en noviembre decidieron, ante el fracaso de la toma de Madrid, el reconocimiento diplomático del jefe rebelde. Cuando Inglaterra trató de hacer eficaz la no intervención mediante la vigilancia internacional, las tres dictaduras hicieron una labor obstruccionista con objeto de tener tiempo para surtir a Franco de material de guerra de primera clase, y enviarle todo un ejército.

Cuando aún después de la toma de Málaga y Bilbao, los leales no sucumbieron y los ingleses presionaron fuertemente para la retirada de los extranjeros llamados «voluntarios», los alemanes apelaron a una segunda edición del incendio del Reichstag bajo la forma de un supuesto torpedeamiento del crucero Leipzig. Aunque la maniobra fué hecha torpemente sirvió de pretexto para deshacerse del sistema internacional de vigilancia, que amenazaba su libertad de acción.

Entre tanto, en Londres, el Comité de No Intervención desarrollaba aquella «inactividad maestra», que había de impedir que la conflagración degenerara en una guerra mundial. La intervención italiana, alemana y portuguesa en España, era flagrante. El material de guerra entraba impunemente en la península. Docenas de periodistas informaron acerca de las violaciones de los compromisos contraidos pero, en Londres, sólo el representante soviético admitió el hecho y por ello fué odiado. Como presidente del Comité, Sir Anthony Eden no veía nada, no oía nada, no sabía nada, y no admitía nada, ni siquiera lo que constaba en los informes de los Consules británicos. Cuando un ejército italiano completo desembarcó en Cádiz, él no pudo creer lo que veía, y no lo creyó. Como el Presidente Azaña dijo, acertadamente, al describir la situación en su discurso del 18 de julio de este año, la no intervención equivalía prácticamente a lo siguiente:

«Al Gobierno español se le niega su derecho indiscutible a comprar material de guerra en el extranjero por acuerdo general entre 26 países.

«Durante cierto tiempo el acuerdo fué violado sólo en favor de los rebeldes.

«El sistema de vigilancia de la frontera, finalmente establecido, excluía la aviación, para que la superioridad aérea de Franco se mantuviera.

«La aplicación del Control fué aplazada hasta que los rebeldes parecieron convenientemente abastecidos de material de guerra.

«La vigilancia naval se estableció en el momento que el mundo exterior estuvo convencido de que Franco poseía una ventaja decisiva.

«Se permitió que terminase cuando la experiencia demostró que Franco necesitaba más material si había de ganar la guerra.

«De esta manera, la República fué desposeída de sus derechos. Si hubiera sido gran potencia indudablemente hubiera luchado contra Alemania, Italia y Portugal. No siéndolo, se sometió a sus peticiones. Mientras que, después del incidente del «Kamerun», los buques gubernamentales hubieron de prescindir de detener y visitar los buques extranjeros portadores de municiones para Franco, los barcos de guerra rebeldes registraban y hundían impunemente los barcos rusos.»

Como dijo con gran acierto Azaña, la no intervención sólo ha impedido que intervenga la Sociedad de Naciones; que era la única que tenía la obligación de intervenir. Gracias a la presión anglo-francesa, un miembro de la S. de N., con puesto permanente en el Consejo, se encontró con una S. de N. sorda y ciega a la agresión de que era objeto. Veintidós años después de la invasión de Bélgica, las dos grandes democracias europeas trataron a la S. de N. como un papel mojado.

En nombre de la paz, ingleses y franceses cedían todo, prácticamente, a Franco y sus aliados. Después de la ligera intimidación de que no podían permitir una modificación del statu-quo territorial, no hicieron ningún esfuerzo efectivo para proteger su navegación contra lo que era una piratería legal. Cuanto más, presionaban para la retirada de los extranjeros del territorio español, en tanto que en la práctica permitían que ese esfuerzo se convirtiera en una tentativa italo-germano-portuguesa para que se concediera a los rebeldes el llamado «derecho de beligerante». El resultado era mantener los Pirineos cerrados mientras se permitía a los barcos de guerra de Franco, ayudados secretamente por buques fascistas, impedir que a los leales les llegase material de guerra. Esto suponía tal alteración de la propuesta original que Rusia se negó a aceptarla. Temerosos de que la cortina de humo se esfumara, los ingleses se apresuraron a aplazar sine die las reuniones del Comité de No Intervención. Francia mantiene aún cerrada la frontera terrestre pero las costas españolas están abiertas y los buques que transportan material para el Gobierno son hundidos por submarinos misteriosos.

(Continuará)